

DIOS COMO PROBLEMA

Ver: *Religación / El poder de lo real / Persona*

«El hombre actual se caracteriza no tanto por tener una idea de Dios positiva (teísta) o negativa (ateísta) o agnóstica, sino que se caracteriza por una actitud más radical: por negar que exista un verdadero problema de Dios.

Para el teísta, quien tiene problema de Dios es el ateo; para el ateo es el creyente. Por eso lo fundamental es descubrir que Dios es problema para todos.

El creyente tiene que dar razones de su creencia, y el ateo tiene que dar también las razones de su negación de Dios, así como tiene que dar también el agnóstico las razones de su agnosis.

El ateísmo y el agnosticismo no son menos creencia que el teísmo. Los tres están necesitados de fundamentar su actitud porque no basta en última instancia con la firmeza de un estado de creencia, sino que es necesaria su justificación intelectual.

¿De qué problema se trata? No se trata de un problema que el hombre podría o no plantearse, como si fuera un problema de ciencia, un problema en el fondo arbitrario; Dios sería entonces un objeto más, tal vez el más importante, con el que el hombre tiene que habérselas; es decir se trataría de ver si además del hombre y de las cosas hay la realidad de Dios.

Se trata, por el contrario, de un problema que el hombre tiene que plantearse, mejor dicho, que nos está ya planteado por el mero hecho de ser hombres. Es una dimensión de la realidad humana en cuanto tal. Por eso, este problema debe llamarse teologal.

Teologal no significa teológico. Significa que es una dimensión humana que envuelve formal y constitutivamente el *problema* de la realidad divina, del Theós. Lo teologal lo es por envolver la *dimensión* que da a lo divino. Lo teológico envuelve a *Dios mismo*.

Lo teologal es pues, en este sentido, una estricta estructura humana accesible a un análisis inmediato. A él hemos de acudir. La puesta en claro de esta dimensión es la demostración efectiva del problema de Dios como problema. El problema de Dios en tanto que problema no es un problema

arbitrariamente planteado por la curiosidad humana, sino que es la realidad humana misma en su constitutivo problematismo. [...]

La realización del hombre es lo que de una manera sintética ha de llamarse *experiencia teologal*.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 11-13]



«Dios significa tan sólo el ámbito de ultimidad de lo real. EL puro ateísmo se inscribe en la dimensión teologal del hombre, porque el ateísmo es una actitud en este enfrentamiento, y en su virtud sólo es posible precisa y formalmente en eso que llamamos dimensión teologal. El ateísmo es un enfrentamiento con la ultimidad de lo real, un enfrentamiento no ciertamente teológico, pero sí teologal.

Lo teologal es, pues, en este sentido, una estricta dimensión humana, accesible a un análisis inmediato. A ella hemos de atender. La puesta en claro de esta dimensión es la mostración *in actu exercito* de la existencia del problema de Dios, en tanto que problema.

El problema de Dios, en tanto que problema, no es un problema cualquiera, arbitrariamente planteado por la curiosidad humana, sino que es la realidad humana misma en su constitutivo problematismo. De esta dimensión hemos de partir para toda ulterior consideración de lo que fuere Dios.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 372]



«A nadie se le oculta la gravedad suprema del problema de Dios. La posición del hombre en el universo, el sentido de su vida, de sus afanes y de su historia, se hallan internamente afectados por la actitud del hombre ante este problema. Ante él pueden tomarse actitudes no solamente positivas, sino también negativas; pero en cualquier caso el hombre viene íntimamente afectado por ellas.

Bien es verdad que hoy día es enorme el número de personas que se abstienen de tomar actitud ante el problema por considerarlo irresoluble: "qué sé yo, qué sabemos; eso es algo que queda por cuenta de la naturaleza que nos dio el ser". Pero en el fondo de esta abstención, si bien se mira, late una callada actitud, tanto más honda cuanto más callada.

Nadie podrá decir honradamente que la abstención expresada en aquellas fórmulas tiene el mismo sentido que cuando se trata de un problema complicado de geometría diferencial o de química biológica.

En aquel "qué sé yo" se expresa una actitud, una positiva abstención, respecto de un saber sin el cual se puede ciertamente vivir, muy honrada y moralmente –no faltaba más, y conviene subrayarlo–, pero un saber sin el cual la vida tomada en su íntegra totalidad aparecería carente de sentido.

Hacerlo ver será una tarea con la que tendrá que enfrentarse quien trate del problema de Dios.

En medio de la agitación de nuestro tiempo, puede afirmarse, sin miedo a errar, que por afirmaciones o por negaciones o por positivas abstenciones, nuestra época, queriéndolo o sin quererlo, o hasta queriendo todo lo contrario, es quizá una de las épocas que más sustancialmente viven del problema de Dios.

Junto a esta impresión de evidente gravedad, de gravedad insólita, que tiene el problema de Dios para el hombre, hay que subrayar, en contraste agudo con ella, otra impresión: la turbiedad y confusión con que se baraja en la vida contemporánea, no ya el problema y sus soluciones, sino hasta el vocablo y el concepto de Dios.

Por un lado, las acritudes y los antagonismos políticos que se ciernen sobre el planeta en todas las partes del mundo, hacen de la expresión "Dios" el exponente de actitudes públicas.

Por otro lado, la sobreabundancia de cierta literatura de carácter psicológico o psicoanalítico, y toda una serie de congruencias positivas entre la idea más o menos vaga y confusa de Dios y ciertos momentáneos conceptos de la ciencia positiva; finalmente, ensayos de pseudo-misticismo colectivo..., todo ello parece confluir en que el nombre "Dios" acabe por constituir uno de esos vocablos que designan más que una realidad precisa, una nebulosa indefinida, turbia y confusa al margen de nuestra vida.

De esta situación es menester partir y afrontar desde ella el problema de Dios. Puede hacerse por innumerables vías. Pero ante todo es necesario hacerlo por la más inocua e inocente: por la vía intelectual, más concretamente, por la vía filosófica. Esta vía es, en realidad, la más enojosa de todas, porque está llamada a no satisfacer por completo a casi nadie.

Ni a los que profesan una fe religiosa, porque suponen, con cierta razón, que por esta vía no van a encontrar todo lo que el hombre busca en Dios. Ni a los no creyentes, porque por muchos razonamientos que se hagan, es difícil hacerles llegar a la convicción de que no se trata simplemente de cohonestar con razones intelectuales una creencia positiva, previa a todo razonamiento, que tiene raíces anteriores a la intelección y ajenas a ésta.

Y es que en el fondo de estas dos actitudes late un supuesto fundamental que es preciso exponer. Se parte del supuesto de que al hablar del problema de Dios se trata, ante todo, de un problema que concierne en primera línea a la fe religiosa, a unas confesiones religiosas. Pero esto no es exacto.

Una cosa es que la posición intelectual ante el problema de Dios afecte a las creencias, otra muy distinta, que en sí misma sea una cuestión de pura creencia. Cuanto filosóficamente pueda decirse de Dios entra, en rigor, en muchas religiones e incluso en quienes tal vez no profesen religión positiva ninguna. Porque no se trata de dar forma intelectual a convicciones, sino de llegar a una intelección convincente. Con lo cual queda dicho que no todo

cuanto el hombre busca en Dios va a poder encontrarlo por esta vía; pero si que sin ella toda religión positiva se pierde en una religiosidad vaporosa, tal vez bella, pero que en última instancia carece de sentido y de fundamento.

Como cuestión intelectual, el problema de Dios es, en un sentido, cuestión soberanamente extemporánea. Dios no es una de esas realidades, como las piedras o los árboles, con las que el hombre tropieza en su vida. Tampoco es una de esas realidades que, sin constituir un dato inmediato de la experiencia, se ve el hombre forzado a admitir como resultado o ingrediente de su ciencia positiva.

Sería quimérico pensar que la marcha de una ciencia positiva vaya a llevar a la inteligencia humana, manteniéndose en la línea de su ciencia positiva, a un punto en que toque positivamente a la realidad de Dios. Sus métodos mismos se lo vedan *a limine*.

Cuantos ensayos se han hecho por esta vía son otros tantos recuerdos tristes de una actitud ya preterida y completamente indefendible; recuérdense las llamadas pruebas científicas de la existencia de Dios.

En la ciencia, de puertas adentro, todo pasa y debe pasar como si efectivamente no hubiera Dios, en el sentido de que la apelación al ser divino sería salirse de la ciencia misma. Y es que por parte de Dios mismo la realidad de Dios es, en cierto sentido, riguroso y auténtico, la más lejana de todas las realidades.»

[Zubiri, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional, 1963, p. 343-345]



«De esta suerte, el problema teologal del hombre se despliega en tres partes: religación, religión, deiformación, que constituyen tres problemas: Dios, religión, cristianismo.

En este punto conviene, para terminar, volver sobre lo que ya indicaba al comienzo de estas páginas: evitar un penoso equívoco que ha llegado a convertirse en una especie de tesis solemne, a saber: que la teología es esencialmente antropología, o cuando menos, antropocéntrica. Esto me parece absolutamente insostenible. Como la exposición anterior pudiera parecer que se inscribe dentro de esta tesis, es forzoso aclarar algo las ideas.

La teología es esencial y constitutivamente teocéntrica. Es cierto que he afirmado que la teología se halla fundada en la dimensión teologal del hombre. Pero es que lo teologal no es lo teológico, y ello, cuando menos, por dos razones:

a) Porque lo teologal es tan sólo fundamento del saber teológico, pero no es el saber teológico mismo.

b) Porque lo teologal es ciertamente una dimensión humana, pero es justo aquella dimensión según la cual el hombre se encuentra fundado en el poder de lo real. Por tanto, el hombre es humano justamente siendo algo formalmente fundado en la realidad. Lo cual es todo lo contrario de antropología: es una inmersión del hombre en la realidad en cuanto tal. Sólo por ello se es hombre.

Si reservamos, como es justo hacerlo, los vocablos teología y teológico para lo que son Dios, el hombre y el mundo en las religiones todas y en especial en el cristianismo, entonces habrá que decir que el saber acerca de lo teologal no es teología *simpliciter*.

El saber acerca de lo teologal es, decía, un saber que acontece en la experiencia fundamental. De ahí que el saber de lo teologal sea *teología fundamental*. La llamada teología fundamental cobra así su contenido esencial propio.

En medio de las numerosas discusiones acerca del concepto y del contenido de la teología fundamental pienso personalmente que teología fundamental no es un estudio de los *praeambula fidei* ni una especie de vago estudio introductorio a la teología propiamente dicha. A mi modo de ver, teología fundamental es precisa y formalmente el estudio de lo teologal en cuanto tal.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 382-383]



«El problema de Dios no es un problema teórico. El hombre es una realidad personal cuya vida consiste en autoposeerse en la realización de su propia personalidad, en la configuración de su Yo como actualidad mundanal de su realidad relativamente absoluta. Esta vida se realiza por estar la persona, en cuanto persona, religada al poder de lo real como fundamento que la hace ser.

La religación es una dimensión no de la naturaleza como tal naturaleza, sino de la naturaleza en cuanto personalizada. Esta religación, por tanto, no es una función entre mil otras de la vida humana, sino que es una dimensión radical en la acepción más estricta del vocablo: es, en efecto, la raíz de que cada cual llegue a ser física y realmente no solo *un* Yo sino *su* Yo.

Así religado al poder de lo real, el hombre en cada uno de sus más modestos actos no solo va elaborando la figura de su Yo, sino que va elaborándola tomando posición, en una o otra forma, frente a la fundamentalidad que le hace ser.

Esta toma de posición es constitutiva y esencialmente problemática. Yo vivo, y estoy sabiendo que vivo problemáticamente el poder de lo real, al vivir de un modo problemático mi propia realidad relativamente absoluta. Este problematismo es el problema del poder de lo real en mi religación: es justo el problema de Dios. El hombre no *tiene* el problema de Dios, sino que

la constitución de su Yo es formalmente el problema de Dios. El problema de Dios no es, pues, un problema teórico sino personal.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 115-116]

COMENTARIOS

«El 8 de marzo de 1959, fiesta de santo Tomás de Aquino, Xavier imparte una conferencia titulada "Utrum Deus sit" [Si Dios existe], en el Estudio General que los Padres Dominicos tienen en Alcobendas, cerca de Madrid. En ella hace una valoración de las pruebas tomistas de la existencia de Dios. Pero, antes, insiste en reflexionar sobre "el porqué y el cómo de la pregunta del hombre actual acerca de Dios", pues la historia modula las nociones y el hombre creyente de hoy tiene sus propias inquietudes.

Citando un ejemplo de santo Tomás ("conocer que alguien viene, no es conocer a Pedro, aunque sea Pedro el que viene"), Zubiri sostiene que para el hombre contemporáneo la primera inquietud es saber "si efectivamente hay alguien que viene, antes de averiguar quién es el que viene". El planteamiento riguroso del problema de Dios exige hoy "un análisis más o menos largo y reflexivo de la simple intelección".

Las cinco Vías de santo Tomás podrían tener luego algún valor como esfuerzo de la razón demostrativa. Pero, en todo caso, "más que demostrar a Dios, demuestran la existencia de una realidad de la que después habrá que ver si tiene los atributos que todos otorgamos a Dios. [...]

Suponiendo que se haya demostrado, no ya ante el metafísico, sino ante un público que cree en religiones distintas, la existencia de una "causa prima", la pregunta es inexorable: esa causa primera ¿es Yahvé, es el Padre Eterno del Evangelio, es Júpiter o es Varuna?".

A Dios cristiano "no se lleva sino por una forma distinta de razón, que no es la razón de lo racional, sino la razón de lo razonable". Por experiencia estricta el hombre ha ido, como dice san Pablo, "tanteando a la Divinidad, buscándola, hasta tropezar con ella y encontrarla", a lo largo de ese inmenso catecumenado teológico que ha constituido la historia de la religión cristiana desde Abraham hasta la muerte del último Apóstol. Y lo que ha encontrado es un Dios amor que está allende la necesidad y la contingencia.»

[Corominas, Jordi y Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Santillana, 2006, p. 26601-602]



Resumen:

La Teología natural se ha aproximado a Dios por una vía conceptiva, haciendo de él lo que Zubiri llama una «realidad-objeto» y cifrando todo su empeño en el logro de vías de «demostración» de su existencia. Zubiri

piensa, por el contrario, que Dios, de ser algo, no es una realidad-objeto, sino lo que él llama la «realidad-fundamento». Un fundamento al que, de existir, estaremos «religados». Frente a las vías demostrativas, puramente idealistas, Zubiri propone la vía de la religación, para él la única verdaderamente real.

De hecho, estamos religados a la realidad, dice Zubiri, ya que ésta se nos impone como última, posibilitante e impelente. La experiencia de esta imposición, de este poder de lo real, que es un hecho, es, dice Zubiri, la experiencia del fundamento de la realidad, la experiencia fundamental que posee todo hombre, sea teísta, agnóstico o ateo.

Las divergencias comenzarán a la hora de discernir intelectualmente y optar volitivamente ante ese fundamento. Para el teísta, la experiencia del fundamento es experiencia de Dios, un Dios que no es trascendente «a» las cosas, sino trascendente «en» ellas. Para llegar a Dios no hay que salir del mundo, sino entrar más en él, llegando hasta su fondo.

Dios está en el fondo de las cosas como fundamento suyo, y en la experiencia de las cosas el hombre tiene la experiencia fundamental de Dios. La vida del hombre se teje en la experiencia con y de las cosas, y como esta experiencia es en sí experiencia de Dios, resulta que la vida de todo hombre es de algún modo una continua experiencia de Dios.

Esto quiere decir que el Dios real de cada persona no es un concepto o el término de un razonamiento, sino la propia vida del hombre. Haciendo su vida, configurando su vida, el hombre configura (o desfigura) a Dios en él. Porque la vida del hombre, concluye Zubiri, es siempre y formalmente «experiencia de Dios».

[Fuente: <http://www.zubiri.net/libroshd.html>]

Copyright © [Hispanoteca.eu](http://www.hispanoteca.eu) – 2023 – Alle Rechte vorbehalten